

48.

SANTA TERESA Y LA EUCARESTÍA













# SANTA TERESA DE JESÚS :-:- Y LA EUCARISTÍA :-:-

Por EMILIO SÁNCHEZ MARTÍN, Arcediano de Avila





J. H. S.

# Santa Teresa de Jesús y la Eucaristía

MEMORIA PRESENTADA EN EL III  
CONGRESO EUCARÍSTICO NACIO-  
NAL, CELEBRADO EN TOLEDO, Y  
DE LA QUE FUÉ PONENTE EN LA  
SECCIÓN DE SEÑORAS, DOÑA ISA-  
BEL DE MAGUA, DE OVIEDO, PRE-  
SIDENTA DE LA ACCIÓN CATÓLICA  
DE LA MUJER

POR EL

M. I. D. Emilio Sánchez,

ARCEDIANO DE ÁVILA

CON UN PRÓLOGO DEL

R. P. Silverio de Santa Teresa, C. D.



ÁVILA  
TIP. ENC. DE SENEN MARTIN

NIHIL OBSTAT

*Lic. Froilanus Perrino*

CENSOR ECCLTUS.

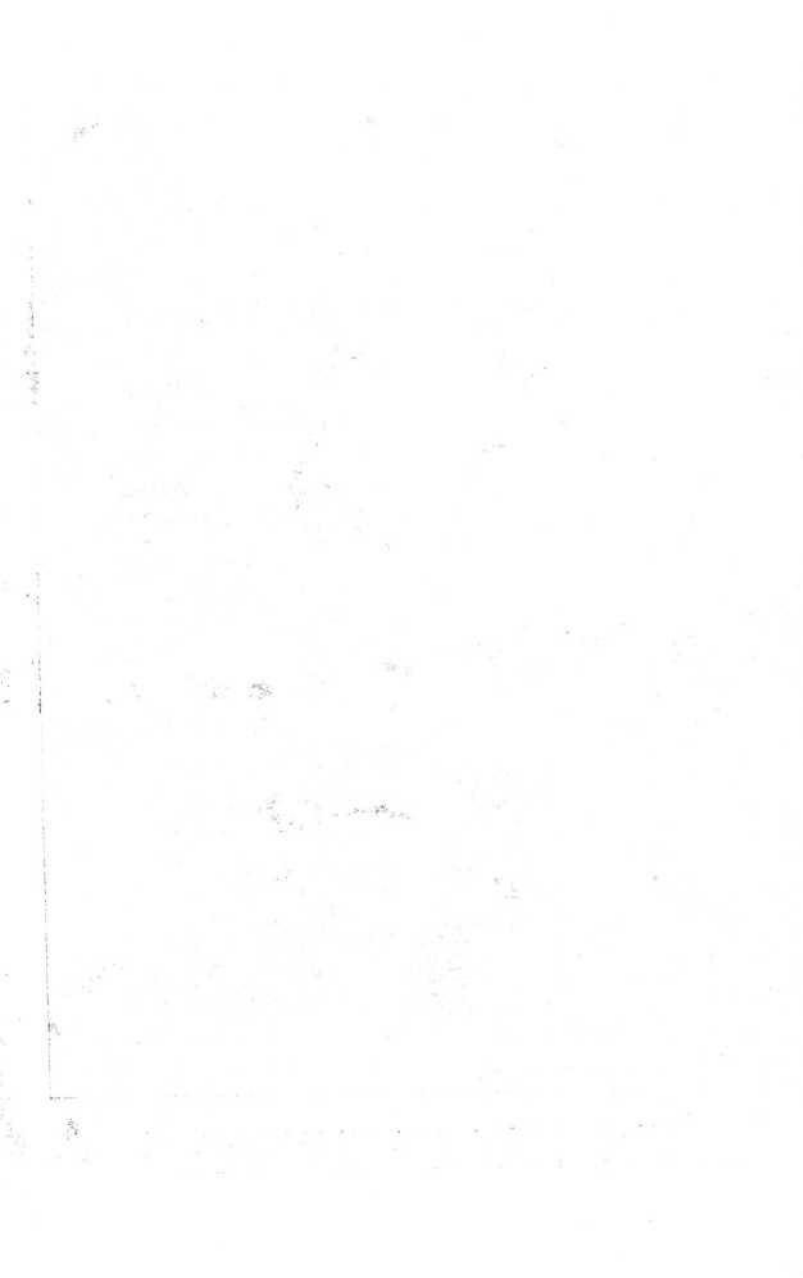
IMPRIMI POTEST

*Abulæ 14 Decembris 1926*

† ENRICUS, Episcopus Abulensis



SANTA TERESA Y LA EUCARISTIA



## AL QUERIDO LECTOR

---

*Quien haya empleado alguna parte, aunque haya sido corta y somera, de su actividad intelectual en estudios teresianos, no habrá podido por menos de tropezar y prendarse de un clérigo simpatiquísimo, que unió su nombre al de la Virgen de Avila, y compartió con ella lo dulce y lo amargo de la Reforma del Carmen en sus difíciles comienzos.*

*De sobra adivina el lector que me refiero a Julián de Avila, sacerdote docto, de sólida piedad, de alegría sana y sufrida, modelo del clérigo castellano de su tiempo, y sincero admirador de la Santa y de su obra, a quienes sirvió con lealtad de caballero y sacrificio y constancia de santo.*

*Nunca han faltado en Avila sacerdotes cortados por el patrón del primer capellán de San José, ni faltan tampoco en la actualidad. Ahí está, para muestra honrosa, el autor de esta Memoria, muy ilustre señor don Emilio Sánchez, Arcediano de la Santa Iglesia Catedral de Avila. Alto, un tanto lleno y moreno de rostro, de ojos bondadosos y expresivos, de grave y reposado*

continente, de ascético hablar, padre espiritual de gran parte del clero abulense, ha heredado y goza en posesión plena y perfecta, que nadie le discute, las virtudes y el amor a la gran Santa y a sus hijos de Julián de Avila, del racionero Daza y de tantos otros como fueron rendidos servidores de la autora de «Las Moradas».

Don Emilio quiere a la Santa, la visita todos los días en su casa solariega, se encomienda a su protección, lee alguna parte de sus obras y acopla a ellas sus escritos.

¡Lo que son los sacerdotes formados por troquel teresiano!

Fruto de este amor de mi querido amigo a la Santa de la Raza, es la presente obrita, hermana de otras muy importantes que han salido de la misma docta y piadosa pluma, y con idéntico argumento.

Como en terreno propio, perfectamente conocido y dominado, entra don Emilio en los campos teresianos, ubérrimos de frutos eucarísticos, y corta muy granadas espigas, doradas al benéfico sol castellano para dar luego flor de harina eucarística, de exquisita calidad, sin rival en el mundo. No las ha segado ni desgranado todas, ni era posible sin dar a la Memoria proporciones que no entraban en los propósitos del autor.

Don Emilio no podía consentir que se celebrase un congreso eucarístico, nada menos que en la Ciudad Imperial, y que su Santa no for-

*mase en la vanguardia de los Adoradores de Jesús Sacramentado. Y lo consiguió plenamente; porque, dígame lo que se quiera, será muy difícil presentar ejemplar más acabado de amor y sacrificio eucarísticos que Santa Teresa de Jesús. Su pluma nos dejó pensamientos calientes y primorosos acerca del Sacramento de la fe, y su corazón, sólo en España, más de cien sagrarios, que, a buena cuenta, reúnen más de dos mil palomas eucarísticas, que perennemente adoran al Dios del Amor en espíritu y verdad, sin forzados sentimentalismos, sólida y macizamente, como debió adorarle aquel pueblo español que vivió en los tiempos que corren desde la Loca del Sacramento a los Autos Sacramentales de Calderón.*

*Y aquí pongo punto final a estas líneas. Sabe muy bien, mi querido señor Arcediano, cuánto nos podríamos extender, usted y yo, en este regalado tema teresianista; pero ni usted, amigo mío, que es la bondad personificada, me exige más, ni yo puedo extenderme, mal repuesto aún de larga enfermedad, sufrida en Avila, en la que sentí amigable consuelo con nuestras sabrosas charlas teresianas.*

*Que Dios y la Santa bendigan sus amores eucarísticos y den eficacia a su bien escrita Memoria para que encienda muchos corazones en el amor en que el suyo arde.*

**Fr. Silverio de Santa Teresa, C. D.**





## TEMA

*Mujeres españolas más distinguidas en la devoción al Santísimo Sacramento del Altar.*

**Teresa de Jesús, la**  
**Santa de los «eráficos**  
**amores eucarísticos :**

Entre las que pudieran enumerarse, creemos que ocupa el primer lugar la ilustre hija de el *Toledano*, como se le llamaba en Avila al hidalgo y cristiano padre de Santa Teresa de Jesús, por ser natural de la Imperial Ciudad.

La vida de la noble castellana bien puede decirse que fué toda ella eminentemente eucarística; templado su espíritu al fuego del Santísimo Sacramento del Altar abrasábase en el amor divino que revelaba en todo su ser y en todos sus actos, al mismo tiempo que lo comunicaba y prendía a cuantos se le acercaban, de igual forma que lo hace, cual si aún viviera, mediante los admirables escritos de su brillante y castiza pluma, trazados a la luz de la Lámpara del Santuario.

El Tercer Congreso Eucarístico Nacional, convocado por el Emmo. Cardenal Reig y Casanova, se propone, según reza el Artículo 1.º del Reglamento tomado de la magnífica Pastoral del Primado, «la glorificación de Cristo Jesús Sacramentado y el aumento de la fe y piedad eucarísticas, mediante el mas perfecto conocimiento de este sacrosanto misterio y la excitación de los sentimientos de amor y veneración al Sacramento Augusto» y señala, además, entre los fines particulares, el de «dar la mayor solemnidad posible a la festividad de Cristo Rey».

Convencidos de que a la realización de tan altos y piadosos deseos contribuirá poderosa y eficazmente la voz de la *Santa de los seráficos amores eucarísticos*, nos hemos resuelto a hacerla oír ante la selecta y distinguida asamblea del Congreso que se reunirá en la Ciudad de Toledo, teresiana ciudad por excelencia, por descender de ella la Virgen de Avila; haber sido santificada repetidas veces con su bendita planta; donde fundó y se conserva su *Quinta* y escribió alguna de sus preciosas obras eucarísticas.

Nos proponemos, por lo tanto, en la presente Memoria, hacer ver que en la historia eucarística de nuestra Patria descuella como figura principal y primaria Santa Teresa de Jesús, por su fe en el Sacramento y sus ansias de recibirle con frecuencia, donde fué por su Amado prodigiosamente regalada; y por que en el

apostolado eucarístico de su vida y sus fundaciones fué la primera en empuñar la blanca bandera del Sacramento para pasearla por la católica España, proclamando a Cristo Rey presente en el Santísimo, para que todo el mundo le reconociera y le adorara; valiéndonos para ello de sus escritos que nos darán las conclusiones prácticas que al final propondremos, por si en su alto criterio se digna aprobarlas el Congreso.

**Fe de Santa Teresa  
en Jesucristo presen-  
te en la Eucaristía : :**

En las palabras de la consagración del cáliz se llama al Sacramento del Altar *Misterio de fe*; y ciertamente, que con los ojos de la fe debemos siempre acercarnos a El, cuando le recibimos o le visitamos; y con los mismos ojos debemos considerarle cuando de El meditamos, escribimos o hablamos.

Fe es el asentimiento que con el auxilio de la gracia presta nuestro entendimiento a las verdades manifestadas por Dios a los hombres, bien directamente por El mismo o mediante los escritores divinamente inspirados, y cuyas verdades como reveladas son propuestas a los fieles por la Iglesia Católica.

«En cosas de la fe, dice la Santa, me hallo a mi parecer con muy mayor fortaleza. Paréceme a mí, que contra todos los luteranos me pornía

yo sola a hacerles entender su yerro. Siento mucho la perdición de tantas almas».

El P. Yepes escribe a este propósito; «Jamás tuvo tentaciones contra la fe, porque la obscuridad de ella y la incomprensibilidad y grandeza de las cosas que nos enseña, a la Santa era para crecer más en esta virtud y para sentir más altamente de Dios...; y ella misma dijo al comentar unas palabras del Cantar de los Cantares: «Esto no entiendo como es, y no entenderlo me hace gran regalo...»

Veamos, ahora, cuan honda, arraigada y eminentemente práctica era la fe de Santa Teresa en la Eucaristía, donde veía con más seguridad, y sin temor alguno de engañarse, a Jesucristo allí presente, que cuando en el *Sacramento* le contemplaba en las distintas visiones con que el Señor la regalaba al manifestarla sus divinas bellezas y hermosuras inefables.

«Juntamente con esta certidumbre, dice Yepes, de la fe, tenía tanta viveza y tanta penetración de los Misterios de ella, que como otro Moysén mirava a Dios invisible con tanta viva fe como si le viera claramente; y así solía decir la Santa Madre, que no tenía envidia a los que en esta vida habían visto y tratado con Cristo nuestro Redentor; porque le parecía a ella, que con los ojos de la fe le veía tan presente en el *Santísimo Sacramento del Altar*, que no le hacía falta cuanto a esto su presencia corporal...»

Todo lo cual confirma la misma Mística

Doctora cuando hablando de sí, pero en tercera persona por humildad y modestia, escribía: «Mas esta (persona) habíala el Señor dado tan viva fe, que cuando oía a algunas personas decir que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo, nuestro Bien, en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que, teniéndole tan verdaderamente en el *Santísimo Sacramento* como entonces, que ¿qué más se le daba?»

En otro lugar dice: «Y si no pusiera espanto en mi ánimo el pensamiento de poderle aquí perder, preferiría estar de continuo y por toda la eternidad ante la *Hostia consagrada*, que en la gloria viéndole y gozando de su presencia; porque viéndole en la gloria nosotros nada le damos, lo recibimos todo, mientras que adorándole en el Sacramento dámosle pruebas de nuestro amor».

No permitiéndonos los límites de una Memoria, extendernos demasiado con citas prolongadas de la Seráfica Santa, omitiendo los muchísimos testimonios eucarísticos que encierran sus escritos, sólo consignaremos algunos, y así nos contentaremos, sobre el presente punto, a copiar lo que a cierta persona dijo la Santa Madre poco ha de estar muerta: «Los de acá del cielo y los de allá de la tierra habemos de ser unos en el amor y pureza. Los de acá viendo la Esencia divina, y los de allá adorando al *Santísimo Sacramento*, con el cual habéis de hacer allá vosotros lo que nosotros acá con la Esencia, nosotros gozando y

vosotros padeciendo, que en esto nos diferenciamos, y cuanto más padeciéreis, más gozaréis. Dilo a mis hijas».

Encantan los términos con que Santa Teresa de Jesús manifiesta la fe viva y práctica que tenía en la *Sagrada Eucaristía*, cual debiera ser la de todos los cristianos.

No es la fe cosa meramente especulativa y abstracta, destinada a permanecer sus verdades en el entendimiento humano sin manifestarse exteriormente, cual se archivan los libros más o menos ordenadamente en una biblioteca, cerrada y sellada a los hombres de estudios. La fe debe ser práctica y viva, pues la fe sin obras es muerta, no es verdadera fe, o por lo menos no justifica, al no estar informada por la caridad. Podrán estar en el entendimiento las verdades que constituyen el objeto material de la fe, y hasta el entendimiento se mostrará sometido a ellas, creyéndolas verdaderas, pero si las obras no la siguen, *nihil mihi prodest*, del mismo modo que nada útil y práctico sirve el líquido inflamable, encerrado en el depósito de una lámpara, sino arde, para iluminar la estancia en que nos hallamos o el vehículo que nos conduce.

Tan viva y práctica se nos revela en sus admirables escritos la fe de Santa Teresa en Jesucristo presente en la *Eucaristía*, que de ellos se desprende el fruto dulcísimo y maduro de la primera conclusión que al final de la Memoria proponemos para su aprobación.

Ansias vehementísi-  
mas que sentía Santa  
Teresa por comulgar

Dada la fe viva y honda de Teresa en Jesucristo presente en la *Eucaristía*, a quien amaba con toda su alma, se explican sus vehementes deseos de comulgar. Nadie como la misma Santa podrá darnos a entender algo de los ardores y ansias en que se abrasaba, sin encontrar medio de mitigarlos sino acudiendo a la Fuente de agua viva en el *Sacramento del Altar*: «Comenzó Su Majestad, como me lo tenía prometido, a señalar más que era El, creciendo en mí un amor tan grande de Dios, que no sabía quien me le ponía, porque era muy sobrenatural, ni yo le procuraba... Dábanme unos ímpetus grandes de este amor... yo no sabía qué me hacer; porque nada me satisfacía ni cabía en mí, sino que verdaderamente me parecía se me arrancaba el alma... ¡Oh, cuantas veces me acuerdo, cuando así estoy, de aquel verso de David. *Quemadmodum desiderat cervus ad fontem aquarum*, que parece lo veo al pie de la letra en mí.....»

Mitigábasele algún tanto esos dulces y gratos dolores, para quedar el alma embriagada de una suavísima paz, cuando tenía dentro de sí a *Jesús Sacramentado*, por lo que sus ansias de comulgar eran grandísimas, cómo lo manifiestan estas palabras que escribió su pluma: «Viénenme algunas veces unas ansias de

comulgar tan grandes, que no sé si se podría encarecer. Acaecióme una mañana, que llovía tanto que no parece hacía para salir de casa. Estando yo fuera de ella, yo estaba ya tan fuera de mí con aquel deseo, que aunque me pusieran lanzas a los pechos, me parece entrara por ellas, cuanti más agua. Como llegué a la Iglesia, dióme un arrobamiento grande...

*Comulgué y estuve en la misa, que no sé como pude estar. Parecióme había sido muy breve espacio, espantéme cuando dió el relox y ví que eran dos horas las que había estado en aquel arrobamiento y gloria...»*

**Ocupación del espíritu,**  
**mientras se tiene**  
**dentro a Jesús Sacra-**  
**mentado :::::**

Acerca de las disposiciones de ánimo para recibir la *Sagrada Comunión* y ocupación del espíritu mientras se tiene dentro a *Jesús Sacramentado*, ya nos dice la Santa lo siguiente, entre otros muchos testimonios que pudiéramos copiar: «Si esto habeis de pedir mirando una imagen de Cristo que estamos mirando, bobería me parece dejar la misma persona por mirar el dibujo. ¿No lo sería si tuviésemos un retrato de una persona que quisiésemos mucho, y la misma persona nos viniese a ver, dejar de hablar con ella y tener toda la conversación con el retrato? ¿Sabeis para cuando es muy



bueno y cosa en que yo me deleito mucho? Para cuando está ausente la misma persona, uquiere darnos a entender lo está con muchas sequedades».

En cierta ocasión, en que la retiraron los libros a la Santa, el Señor la prometió regalarla un libro vivo donde se recreara y aprendiera su alma, y que no fué otro que El mismo presente en la Eucaristía. El que comulga debe también dejar de mirar a la imagen, prescindir de rosarios y libros durante aquellos instantes, para reconcentrar su espíritu y conversar con el Divino Huésped, pues sería bobería y necedad el abandonar a la persona real de Jesucristo presente dentro de nuestra alma y cuerpo para entregarse a otras ocupaciones, aunque fuesen tan buenas y espirituales como leer en un libro o pasar el santo rosario.

«Mas sé de esta persona, (habla de ella misma) que muchos años, aunque no era muy perfecta, cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada el Señor, procuraba esforzar la fe, para que como creía verdaderamente entraba este Señor en su pobre posada, desocupábase de todas las cosas exteriores, cuanto le era posible, y entrábase con El. Procuraba recoger los sentidos, para que todos entendieran tan gran bien; digo no embarazasen al alma para conocerle.

Porque si no nos queremos hacer bobos y cegar el entendimiento, no hay que dudar que esto no es representación de la imaginación,

como cuando consideramos al Señor en la cruz o en otros pasos de la Pasión, que le representamos en nosotros mismos como pasó.

Esto pasa ahora y es entera verdad, y no hay para qué le ir a buscar en otra parte más lejos, sino que, pues sabemos que mientras no consume el calor natural los accidentes del pan, que está con nosotros el buen Jesús, que nos lleguemos a El. Pues si cuando andaba en el mundo, de solo tocar sus ropas sanaban los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros, estando tan dentro de mí, si tenemos fe, y nos dará lo que pidiéramos, pues está en nuestra casa? ¡Y no suele Su Majestad pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje!»

En otro lugar nos dice: «Era yo muy devota de la gloriosa Madalena, y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba, que, como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame a sus pies, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas..»

Ahora ya no podrán extrañarnos sus ímpetus por comulgar, y los sacrificios que se imponía y los trabajos por que pasaba hasta alcanzarlo; estando casi siempre enferma, sufriendo a diario molestos y récios vómitos y viajando en jornadas matinales por ásperos y largos caminos, jamás descansaba sino luego de hallar alguna iglesia donde poder recibir al Señor. ¡Y bien que lo recompensaba el divino Huésped, cuando después de penosas fatigas le recibía sacramentalmente!

Como se lo recompensa a toda alma que lo recibe con fe y amor; y si en muchos fieles no se advierte la comunicación espiritual y misteriosa con tan excelente y dadivoso Amigo es por no saber acercare a El con generosidad y llaneza. «Por cierto que pienso, dice la Mística Doctora, que si nos llegásemos al *Santísimo Sacramento* con gran fe y amor, que de una vez bastase para dejarnos ricos, ¿cuanto más de tantas? Sino que no parece, sino cumplimiento, el llegarnos a El, y así nos luce tan poco. ¡Oh miserable mundo, que así tienes atapados los ojos de los que viven en tí, que no vean los tesoros con que podrían granjear riquezas perpétuas.»

Pena profundísima produce en el alma de quien siente un tantico de amor a Jesús Sacramentado, cómo acongojaba en sus tiempos al corazón de la Virgen de Avila, el ver a innumerables almas que mueren de anemia por no alimentarse con el manjar celestial de la Eucaristía o por que se acercan a la Mesa del Altar por *cumplir*, nada más que por *cumplir* con la Iglesia, la costumbre de las de su clase, con un reglamento o un estatuto; y hasta por *cumplir con el mundo*. ¡Así también les luce! podríamos decir con la Santa de los seráficos amores eucarísticos, pues de esas almas apartadas del Pan Divino o que le reciben sin las debidas disposiciones, de temer es vaya desapareciendo la fe, y con la fe huya también la paz de las familias y el bienestar social. De todo lo cual se

desprende la siguiente conclusión, segunda de las insertas al final de la Memoria.

**La Eucaristía como**  
**Viático. Enferma la**  
**Santa pide los últimos**  
**sacramentos y su cris-**  
**tiano padre impide que**  
**los reciba por no dar-**  
**la pena : : : : : :**

Jesucristo quiso quedarse en la Eucaristía para ser nuestro alimento espiritual, durante la presente vida, y con entrañas de bondadísimo Padre quiso que le recibiéramos también al fin de ella, como Viático para el tránsito a «*la vida de allá arriba que es la vida verdadera*» por ser momento decisivo en el porvenir eterno de las almas. Obliga, por lo tanto, a recibirle, pudiendo, pues se trata de un precepto divino y eclesiástico, y con el que, además de las gracias sacramentales, se comunican otras actuales y ciertos auxilios espirituales necesarios en aquellos instantes de congojas y últimas tentaciones del enemigo.

Y dado el estado en que el paciente suele ordinariamente encontrarse por la enfermedad, los suyos y cuantos le rodean son los obligados de cuidar el que no les falte, pesando sobre su conciencia grandísima responsabilidad si por negligencia, un mal entendido cariño o

abierta oposición dejaran de recibir los últimos Sacramentos.

¡Y qué maldiciones e increpaciones no lanzarán los muertos sobre sus parientes, causantes de su perdición y eterna ruina!

Santa Teresa, hallándose enferma en los comienzos de ser religiosa, pidió los últimos sacramentos, y su padre, con ser tan católico y avisado, se opuso a que los recibiera, creyendo que entonces no se moriría su hija por parecerle *que no era para ser enterrada*. Pero dejemos a la castiza pluma de la hidalga Castellana el que nos lo describa con la galanura que le es peculiar. «Estaba tan abrasada que se me comenzaron a encoger los nervios con dolores tan insoportables, que día ni noche ningún sosiego podía tener. Con esta ganancia me tornó a traer mi padre, en donde tornaron a verme médicos... Vino la fiesta de Nuestra Señora de agosto, que hasta entonces desde abril había sido el tormento, aunque los tres postreros meses mayor. Dí prisa a confesarme, que siempre era muy amigo de confesarme a menudo,

Pensaron que era miedo de morirme, y por no me dar pena, mi padre no me dejó. ¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre y tan avisado, que lo era hartó, que no fué inorancia, me pudiera hacer gran daño! Dióme aquella noche un parajismo, que me duró estar sin ningún sentido cuatro días, poco más o menos. En esto me dieron el Sacramento de la Unción, y cada hora y mo-

mento pensaban expiraba, y no hacían sino decirme el credo, como si alguna cosa entendiera. Teníanme a veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos.

La pena de mi padre era grande de no haberme dejado confesar; clamores y oraciones a Dios muchas. Bendito sea El que quiso oírlas y que tornase en mí. Luego me quise confesar. Comulgué con hartas lágrimas... haciendo confesión entera, a mi parecer, de todo lo que entendí había ofendido a Dios».

Por tan hermoso relato vemos, que aun tratándose de una Teresa de Jesús pudo su cristiano padre hacerla gran daño, si el Señor se hubiera servido llamarla a Sí en enfermedad tan grave.

De manera muy distinta portóse ella con los suyos, en tan apurado trance, pues si siempre cuidó de la salvación de sus parientes, de manera muy singular procuró estar a su vera en la hora de la muerte para auxiliarles, dándose el caso de asistir a un su hermano que en América se moría con grave peligro de condenarse.

Pero cuando el maléfico corazón de Teresa se deshacía en ternuras y bondades, que llegan muy al alma hasta hacer derramar lágrimas, es al contarnos la edificante muerte de su querido padre, a quien entrañablemente amaba. Bien merece que lo copiemos por ser edificante y muy a propósito para lo que estamos tratando. «En este tiempo dió a mi padre la enfermedad de que murió, que duró algunos días...

Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le serví algo de los que él había pasado en las mías. Con estar yo harto mala me esforzaba, y con que en faltarme él me faltaba todo el bien y regalo, por que en un ser le hacía, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena y estar, hasta que murió, como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando vía acabar su vida, porque le quería mucho.

Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extrema Unción, el encargarnos le encomendásemos a Dios y le pidiésemos misericordia para él, y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acababa todo... Estuvo tres días muy falto el sentido. El día que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos, y le tuvo hasta que a la mitad del credo diciéndole él mismo, expiró. Quedó como un ángel, así me parecía a mí lo era él, a manera de decir, en alma y disposición, que la tenía muy buena».

Así ha de entenderse el verdadero amor entre parientes y amigos durante las enfermedades y en la hora de la muerte.

Santa Teresa confiesa que quería mucho a su padre, que se la desgarraba el alma, viéndole morir, pero se sobreponía a sí misma, disimulando las penas delante del pobre moribundo y con verdadera caridad atendía a que no le faltase el alimento espiritual que para esos ca-

sos nos dejó Jesucristo en los Sacramentos; ni tampoco el cuidado y la solitud que precisan los enfermos para mejor llevar las miserias anejas a toda grave dolencia y a la muerte.

Padre e hija mutuamente se consolaban con pláticas dulces y tiernas, con la mira puesta en la eternidad, y Dios los bendecía.

**Santa Teresa prepara**  
**para morir a los suyos**  
**y promete amparar en**  
**tan supremo trance a**  
**sus hijas, las Carme-**  
**litas :::::::::::**

No de otra suerte hubo de portarse Santa Teresa con los demás de su cristiana familia en el importante negocio de bien morir. Acaeció que «habiéndose muerto un cuñado mío súpitamente y estando yo con mucha pena por no haber tenido lugar de confesarse, se me dijo en la oración que había así de morir mi hermana, que fuese allá y procurase se dispusiese para ello».

¡Hermoso ejemplo de solitud y verdadero amor para con los parientes, próximos a salir de este mundo! Pues desde la hora en que se la dió a entender el fin repentino de su hermana, con tanta diligencia como atinada prudencia, emprendió un viaje a la aldea donde residía, conversó extensamente con ella, y en esas pláticas la dispuso el plan de confesarse y co-



mulgar cada ocho días, por lo menos, y que llevara cuenta de su conciencia. «A los cuatro o cinco años (de esto) se murió sin verla nadie. A mí me dió gran alegría cuando supe su muerte. Estuvo muy poco en el Purgatorio. Sería aún no me parece ocho días, cuando, acabando de comulgar, me apareció el Señor y quiso la viese cómo la llevaba a la gloria... Sea Dios alabado, que tanto cuidado tiene de las almas para que no se pierdan».

Esta solicitud y cuidado de la Santa Madre hacia los suyos en la hora suprema de la muerte, hubo de extenderse a todos sus hijos e hijas, los carmelitas, según lo atestigua el siguiente hecho, ocurrido en la fundación de Toledo y que nos cuenta la misma Santa. «Acaeció, estando yo aquí, darle el mal de la muerte a una hermana. Recibidos los Sacramentos y después de dada la Extremaunción, era tanta su alegría y contento, que así se le podía hablar en cómo nos encomendase en el cielo a Dios y a los santos que tenemos devoción, como si fuera a otra tierra.

Poco antes que expirase, entré yo a estar allí, que me había ido delante del Santísimo Sacramento a suplicar al Señor le diese buena muerte; y así cómo entré vi a Su Majestad a su cabecera, en mitad de la cabecera de la cama. Tenía algo abiertos los brazos como que la estaba amparando; y díjome que tuviese por cierto que a todas las monjas, que muriesen en estos monasterios, que El las ampararía así;

y que no tuviesen miedo de tentaciones a la hora de la muerte. Yo quedé harta consolada y recogida»

¡Dichosos, los padres, hijos, hermanos, amigos y religiosos, que, como los que hemos visto en los anteriores trozos eucarísticos copiados, tienen a su cabecera al morir una Teresa de Jesús que los cuide y atienda

¡Que no nos falte, Santa bendita, en tan tremenda y decisiva hora una persona caritativa, fiel y decisiva que se preocupe de que nos administren la Sagrada Eucaristía y demás sacramentos y auxilios espirituales!

Todos tus amantes y devotos admiradores lo esperamos de Vos, y te pedimos que también estés tu a nuestro lado en aquellos instantes.

De aquí la tercera conclusión.

**Santa Teresa figura**  
**en la vanguardia entre**  
**las mujeres españolas**  
**devotas del Santísimo**  
**Sacramento :: :: :: ::**

Quisiéramos disponer de espacio y de tiempo para exponer y hacer patente que la *Santa de los seráficos amores eucarísticos* es digna de figurar, y hasta nos atreveríamos a decir de ocupar el primer puesto, entre las mujeres españolas, amantes y enamoradas del Santísimo Sacramento, por que toda su vida, particular y pública, según ya dijimos, fué eminentemente eucarística:

Desde los primeros pasos que dió en el camino de la perfección, cuando en Castellanos su alma se vió sorprendida dentro de los primeros grados de oración, gustándola ya recibir con frecuencia los sacramentos, hasta cuando postrada en cama, en Alba por la última enfermedad, recibió con grandísimo fervor el Santo Viático, el centro de todos sus actos, la fuente de las gracias y extraordinarias mercedes con que la regaló el Señor y el dulce consuelo para todas sus dolencias y contrariedades, estaba en Jesús oculto en el Sagrario, por quien vivió y murió de amor, como esposa fiel y constante.

Cuando todavía niña es dirigida en el monasterio de Gracia por su ilustre maestra, devota fervorosa del Santísimo, su alma fué trasformándose y oyó los primeros llamamientos del Amado que la quería para El en el claustro. Al regresar enferma a casa de su padre y en la Encarnación mas tarde, recobra la salud mandando decir Misas y para sus muchas dolencias fué siempre la comunión medicina saludable.

Al poco de profesar, el demonio la tendió sutil red en las redes del monasterio para perderla, con el trato de seglares y hasta llega a dejar la oración, y de tan peligroso estado sale triunfante mediante la comunión frecuente, resolviéndose, en un hermoso acto de generosa entrega a Dios, a vivir sólo para El y obrar en cada caso lo que creyera más perfecto. Colo-

cada Santa Teresa en la cúspide de la contemplación, recibe a los pies del Sagrario regalos tan extraordinarios que los mismos Angeles quedarán espantados: un día de Ramos, al comulgar, quiso el Señor que en su boca sintiera el calor y suavidad de su divina sangre: recibéndole en otro, celebró con ella sus desposorios espirituales y matrimonio místico, que fué distinción y regalo tan subido que dejó a su corazón de amor tan repleto y saturado, que fué preciso que más de una vez un Serafín del Cielo con dorado dardo le trasverberase..... Pero ni indicar podemos, siquiera, los rasgos eucarísticos más salientes de Teresa, pues no cabrían, para exponerlos, ni en un libro.

Nos concretaremos, para abreviar, con hacer ver que el movimiento eucarístico actual arranca desde Santa Teresa de Jesús, al salirse de los tradicionales y férreos moldes que atenazaban a las almas por entonces, en cuanto a la comunión sagrada; y ser la primera que, al emprender con su valiente Reforma un apostolado público de amor a Jesús Sacramentado, enarboló en sus entrépidas manos la blanca bandera del Santísimo, para pasearla, desplegada a los cuatro vientos, por toda España, por lo que merece el dictado y apellido de Madre y Maestra de las instituciones eucarísticas. Y al decir que consideramos a Santa Teresa como Madre de los Institutos Eucarísticos, es sin pretender empequeñecer ni aminorar en lo más mínimo la admirable y providencial obra

que realizaron en sus días, por ejemplo, los recién beatificados, Padre Pedro Julián Eymard y Madre Sacramento; y en los nuestros las esclarecidas fundadoras de Reparadoras y Esclavas junto con los que erigieron y fomentan las admirables obras de Marías, Juanes y Jueves Eucarísticos etc. etc...

Es Santa Teresa una *santaza* tan apostólica y eucarística; tan esclava del amor que a Dios profesaba y tan universal en abarcar todos los medios y todos los órdenes a que puede entregarse la piedad cristiana, que parece verse en ella la encarnación del espíritu que animó a los fundadores mencionados; por lo que convencidos estamos de que ellos mismos, con sus respectivos hijos e hijas, son los primeros en sus amores hacia la Santa de los seráficos ardores eucarísticos, en considerarla como su Madre, de cuyo apostólico y abrasado espíritu pueden aprender y esperar mucho para sí y sus Institutos Religiosos, a los que tanta devoción y admiración nosotros profesamos. El sentido, por lo tanto, en que lo decimos es por que fué la primera que dió a sus fundaciones cierto carácter eucarístico.

La Comunión frecuente la practica Santa Teresa y la implanta entre sus hijas :: :: ::

Para que mejor resalte la esbelta y gallarda figura eucarística de Santa Teresa de Jesús,

bueno será que la coloquemos a la vista de nuestros lectores, sirviéndole de fondo oscuro el del cuadro que nos pinta la historia eclesiástica de los antiguos tiempos en que apareció la Reformadora del Carmelo, con relación a la Sagrada Eucaristía.

Sabido es, que en los tiempos apostólicos y primeros siglos del cristianismo, tanto los sacerdotes como los fieles vivían una vida espiritual y completamente eucarística.

Todavía en los de San Jerónimo y San Agustín vemos que en Roma y en España, como quien dice, en la cabeza y en el corazón de la Iglesia Católica, aun se conservaba la costumbre de comulgar diariamente, por parte de muchos fieles.

Después, vase observando que al paso que por las herejías la fe disminuía, crecía progresivamente el apartamiento de los fieles y aún de los religiosos de la Fuente de Vida Eterna; y en tiempos de nuestra intrépida Santa el Santo Concilio de Trento se limitó a exigir a religiosas y seminaristas que comulgasen sólo mensualmente, y las Constituciones de las Carmelitas de la Encarnación, en el que profesó y vivió veintitantos años, enumera nada mas que diez días al año en que debían comulgar las religiosas ¿con qué frecuencia lo harían los simples fieles?

Añádase a esta indiferencia y apartamiento, que la herejía protestante hacía por entonces estragos en las almas, arrancando, a no pocas,

la fe en el Santísimo Sacramento, por negar que en él está real, verdadera y sustancialmente el cuerpo, la sangre, alma y divinidad de Jesucristo; y que si ciertamente encontró el protestantismo una barrera en las fronteras de nuestra amada y católica España, gracias a la fe e intransigencia con el error del Rey Prudente, el gran Felipe II, no dejaban de sentirse sus perniciosos efectos entre los españoles, seguidores todos ellos de nuestra sacrosanta y única verdadera Religión.

Todo lo cual demuestra, que el apartamiento de la comunión, sobre todo frecuente, era general y casi completa, y la fe práctica en el Santísimo Sacramento se manifestaba lánguida y friamente; sin que por eso nunca faltasen almas privilegiadas y extraordinarias, aunque fueron muy contadas, como aquí en Avila fueron doña María de Briceño en el Convento de Gracia y la venerable *Maridiez*, que diariamente comulgaban.

A Santa Teresa, en su vida eucarística, se la vé comulgar cada quince días a los principios; muy luego lo hacía de ocho en ocho, después mas frecuentemente, hasta verse precisada en la Encarnación a entenderse con la tornera y sacristana para hacerlo ocultamente, y no por cobardía, sinó, por que no la tuvieran por mejor que las otras sus hermanas y las gentes; y por último, no mucho tiempo después de profesar, a diario comulgaba, sin que fuera motivo para dejarlo ni los largos caminos ni los achaques de

los años ni las enfermedades constantes, llevando en sus excursiones sacerdotes y religiosos para que la confesasen y la misa y la comunión jamás la faltasen.

Rompió por lo tanto, el estrecho molde de la costumbre, a que estaban sujetos los cristianos y los religiosos de las distintas Ordenes, y pisoteando, intrépida, los humanos respetos y los decires de las gentes, gustábala de comulgar todas las mañanas, ¡y con Forma grande! saliendo del comulgatorio transformada, iluminada, arrobada de amor divino, con el corazón hecho una brasa, donde quemaba el incienso de sus seráficos fervores eucarísticos, que perfumaban durante el día todas sus múltiples acciones, y en el que caldeaba su pluma de oro que después de la comunión empuñaba «para grabar en el papel aquellas abrasadas «Exclamaciones», «Conceptos del amor de Dios», las «Relaciones» que en Toledo escribió, algunas en casa de su buena amiga doña Luisa de la Cerda, o las célebres «Moradas» que son como hornos encendidos al rojo por el amor divino que recibía en la Eucaristía.





Su corazón de esposa, herido en lo más vivo del dolor interior que causa la contrariedad, no sufría tamaña desgracia y conducta tan despiadada por parte de los luteranos para con el mansísimo y silencioso Jesús, sacramentado por amor de los mismos que le ofendían sin compasión; por lo que determina poner un dique al torrente inundador protestante, reformando la Orden Carmelitana, casi al mismo tiempo que San Ignacio reclutaba un puñado de valientes soldados de Cristo para formar la invicta Compañía de heróicos apóstoles de Jesús; que honra de España y gloria de la Iglesia serán eternamente estos dos preclaros fundadores, ambos de corazón troquelado según el modelo del Corazón de Cristo, que late a la mayor gloria de su Eterno Padre, como el de ellos por la mayor gloria de Dios.

Teresa e Ignacio, que tienen por rico marco de sus agitadas y heroicas vidas el siglo XVI, son los dos genios típicos de la noble, hidalga caballeresca, emprendedora, tenaz y guerrera raza española, en lucha constante por el esplendor de la religión y de la patria, y a la vista del aterrador cuadro que ofrece en sus días Europa, al grito de *non serviam* protestante, funda el uno su militante Compañía, y la otra con su Reforma, el Apostolado de Oración Eucarística.

¡Y que bien y eficazmente se completan estos dos apostolados, que realizan los nobles e *hijos-dalgos* de Teresa y de Ignacio!

Por que mientras que los de Iñigo la ejercen activamente en los Concilios y Congresos, en las cátedras y en los libros, en los talleres, en los confesonarios y en los púlpitos, las hijas de la Virgen de Avila, rodeando el Sagrario y unidas a Jesucristo, que en la Eucaristía es el primer apóstol de la Oración, logran del cielo el triunfo y la victoria.

Jesucristo, desde la Eucaristía, que era quien en persona dirigía a Santa Teresa en todos los negocios de la vida, fué quien la ordenó la Reforma del Carmelo y que hiciese el primer convento de descalzas, para que fuese el semillero de religiosas del espíritu de la fundadora, de donde, después, salieran a prender el fuego eucarístico por toda España. Oigámosla: «Habiendo un día comulgado, mandóme mucho Su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él y que se llamase San José... Este mismo encargo le hizo la Virgen cuando, oyendo misa y comulgando en el convento de Santo Tomás, con San José la colocaron la capa blanca y el collar: «Acabada de vestir, y yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora. Dijome que la daba mucho contento en servir al glorioso San José, que creyese que lo que pretendía de el monasterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos...»

**Funda sus conventos  
para que sus monjas,  
delante del Señor Sa-  
cramentado, rueguen  
por los sacerdotes en  
sus ministerios de  
salvar las almas : : :**

¿Y cuál fué el peculiar fin de la Santa al levantar sus blancos y simpáticos palomarcitos? Ella misma nos lo dirá.

Después de lamentarse de las profanaciones de los protestantes en Francia al arrojar al Señor de sus casas destruyendo los templos, con palabras de gran pena dice: «Díome gran fatiga y lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Y como me ví mujer y ruín, imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor... determiné hacer eso poquito que era en mí, y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío que tan apretado le traen...

Oh hermanas mías en Cristo, ayudadme a suplicar esto al Señor, *que para esto os juntó aquí*: este es vuestro llamamiento; estos han de ser vuestros negocios; estos han de ser vuestros deseos, estas vuestras lágrimas, estas vuestras peticiones... Y cuando vuestras oraciones, hijas mías, y deseos y disciplinas y ayunos no se emplearan por esto que he dicho, pensad *que*

*no haceis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor...»*

Bien claro se ve, que lo principal que las ordena a sus hijas, las Carmelitas, es que ejerciten el apostolado de la Oración, pero un apostolado eucarístico, como ella lo practicaba y emprendió al implantar su Reforma. Así resulta, que los conventos fundados por la Santa son como esas estaciones radiográficas, en cuyos edificios se elevan esbeltos y gallardos pararrayos para recibir las descargas eléctricas del cielo, y desde dentro, mediante las invisibles ondas hertzianas se establecen constantes comunicaciones con los habitantes de cualquier punto de la tierra, e influyen en la dirección y marcha de las embarcaciones que surcan los mares. Las religiosas que forman y constituyen dichos centros de oraciones eucarísticas, elevándose en alas de la contemplación hasta el trono divino, desarman con su vida pura y angelical, el brazo de la divina justicia y hacen que Dios desde la *Central Eucarística* asista y se comunique con sus sacerdotes y dirija a cuantos navegan por el mar de este mundo hasta conducirles a puerto de salvación eterna.

Veamos, ahora brevemente, como el apostolado que emprendió recorriendo distintas regiones y ciudades, fué marcadamente eucarístico.

Al contarnos la fundación de su primer convento sencillamente dice: «Pues todo con-

certado, fué el Señor servido que día de San Bartolomé, tomaron hábito algunas y se *puso el Santísimo Sacramento* y con toda autoridad y fuerza quedó hecho nuestro monasterio.. (su iglesia se cree ser el primer templo levantado con el nombre de San José) pues fué para mí como estar en una gloria *ver poner el Santísimo Sacramento*.

A este celestial contento siguió una gran tribulación de espíritu y... «de que me ví así fuíme a ver el Santísimo Sacramento» a cuya luz vió su espíritu claramente que había procedido con rectísima intención en la fundación, hasta el punto de que «por muy poca imperfección que me dijeran era, mil monasterios me parece dejara, cuanti más uno..., con estas y otras consideraciones, haciéndome gran fuerza, prometí *delante del Santísimo* de hacer todo lo que pudiera para tener licencia de venirme a esta casa.

¡Como estar en una gloria, dice la Santa de los seráficos amores eucarísticos, fué aquel momento tan ansiado por ella, de ver *colocar el Santísimo Sacramento en un templo más*, en el que constantemente recibiera culto fervoroso de sus hijas las carmelitas!

En el Apostolado eu-  
carístico que emprendió  
por España, fundando  
conventos, pasea por toda  
nuestra Patria la blanca ban-  
dera del Santísimo  
Sacramento : : : : :

Lo mismo la ocurrirá en las demás fundaciones; por que ella si funda y levanta nuevas iglesias es para Jesucristo presente en la Eucaristía, y creía que no estaba hecha la fundación hasta que no veía *puesto el Santísimo*; y el acto jurídico de toma de posesión de la casa y el templo le ponía ella en la *colocación del Señor en el sagrario*, por ser el Amo por quien trabajaba y había emprendido el apostolado eucarístico.

Y era para alabar y bendecir a Dios verla recorrer largas distancias por caminos y calzadas, bien dentro de carromatos o calesas, o bien sobre briosa mula montada; alegre a pesar de sus achaques, y contenta, manteniendo siempre con graciosos chistes y donaires, el buen humor y el regocijo entre sus hijas y personas que la acompañaban, mezcladas, a veces, con pícaros arrieros y viajeros maleantes, con quienes habían de pasar en bulliciosas posadas, muy *toledanas* noches; a semejanza del Loco cuerdo, que engendrado en la fantasía de Cervantes, paseóse, con su típico escudero,

por las llanuras de la Mancha, derrochando locamente nobleza, caballerosidad, valor e hidalguía, religiosidad e ingenio, siendo la admiración de todas las gentes.

Tal dominio había adquirido Teresa de Jesús, por entonces, sobre sus potencias y sentidos, que, llegando el momento oportuno, recogíase interiormente ante el sagrario de su Corazón, donde tenía a su Jesús reservado, desde que en la misa comulgaba diariamente «pues acercándose al Señor, por muchas horas queda con calor el alma». Y para que a la lámpara de su espíritu jamás el aceite del fervor eucarístico la faltara, cada vez que con una iglesia o ermita topaban, hacía que se apeasen cuantos formaban tan pintoresca caravana, para postrarse de rodillas ante la puerta, si la encontraban cerrada, según declara Ana de Jesús, una de las religiosas que la acompañaba: «Y en llegando a alguna iglesia, hacía que nos postrásemos con profunda reverencia. Aunque estuviese cerrada la puerta se apeaba, y hacía esto diciendo: ¡qué gran merced hallamos aquí, la persona del Hijo de Dios! ¡Desdichados los que le echan de sí!...

Y ponía grandísimo cuidado en que los sacerdotes que iban con ella de camino, por ningún caso no dejasen de decir misa ningún día. Y por no hallar recado para decirla todos los que iban, que faltó para uno, decía a los que allí estábamos: Rueguen a Dios que se halle lo que falta para decir esta misa, que me hace



mucha fatiga, pensar si se ha de privar la Iglesia del valor de este sacrificio».

¿Y las fiestas eucarísticas que solía organizar en la inauguración de las fundaciones?

Por las que nos describen ella y el que se llamaba su escudero, Julián de Avila, se vé como atendía a todos los detalles de ornato e invitaciones, para que las misas, fiestas y procesiones, con el Señor siempre manifiesto, resultasen espléndidas, solemnes; con asistencia de Prelados, canónigos, clérigos seculares religiosos y numerosos fieles; quedando con ello prendidos en las santas redes de la amistad y el cariño; para llevarlas después a sus monasterios a decir Misa o recibir la comunión, haciéndolos por ende, a estos, centros eucarísticos, la gran Robadora de corazones, donde se daban cita los amigos de Cristo.

«No hablaba persona con ella, según afirma Fr. Jerónimo Tiedra, que no se trocase de mala en buena y de menos buena en mejor: y esto experimentaban los religiosos de cualquier religión que fuesen, porque les pegaba nuevo espíritu y nuevo deseo de perfección, de manera que de una legua se conocían los que trataban y comunicaban con la Santa».

¡Mostrábales su gran corazón, saturado de amor eucarístico, y quedaban todos maravillosamente prendados!

La verdad, que no puede dudarse que el apostolado emprendido por la *monja andariega*, con la fundación de sus conventos,

fué marcadamente eucarístico, al que se entregó con generosidad, con celo ardiente: pues bien se observa en todas sus actuaciones, que la domina un pensamiento y un intensísimo afecto, enfocados continuamente en el *San-tísimo*, donde halla su paz y contento, pudiéndola también llamar *la loca del Sacramento*, pues a mas de que tiene bien marcadas las *célebres chifladuras eucarísticas*, de que el famoso apóstol de nuestros días, el *Ar-cipreste de Huelva*, con mucha unción evangélica y preclaro ingenio nos habla, ella misma lo dice y así se llama.

**Chifladuras eucarísticas de Santa Teresa**  
**o la loca del Sacramento ::::::::::**

«Muchas veces estaba así como desatinada y embriagada en este amor ¡Oh, váleme Dios! ¡Cual está un alma amando así! Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene así. Yo se persona, (de ella habla) que con no ser poeta, que la acaecía hacer de presto coplas muy sentidas».

La siguiente, por ejemplo:

Cuando me empiezo a aliviar  
*Viéndote en el Sacramento*  
Me hace mas sentimiento  
El no poderte gozar;  
Todo es para mas penar,  
Por no verte como quiero  
Que muero porque no muero.

«Quered ahora, Rey mío, prosigue la Santa, suplicooslo yo, que pues, cuando esto escribo no estoy fuera *de esta santa locura* celestial... que u esten todos los que tratare locos de vuestro amor, u prinuitais que no trate yo con nadie.. ni creo soy yo la que hablo *desde esta mañana que comulgué*; parece que sueño lo que veo y no querría ver sino enfermos de este mal que estoy yo ahora. Suplico a vuestra merced seamos todos locos, por amor de quien por nosotros se lo llamaron» «Ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heróicas de verdaderos amadores de Cristo».

Pues hay que *chiflarse*, a lo Teresa de Jesús, para así entregarnos de lleno y con ardor a dar a conocer y amar a Jesucristo presente en la Eucaristía, según aquello, de que un loco hace ciento. Con tal de que los *tornillos cerebrales no se rompan o se aflojen, la chifladura* por una idea grande, por un amor sublime y santo como el que inspira y comunica Jesús en el tabernáculo, es de lo que mas eleva y dignifica al hombre, y cien veces preferible es esa envidiable *enfermedad* a la *idiotez espiritual* en que caen las almas que se apartan del *Pan de los Fuertes*.

*¡Hay que chiflarse!*; hasta gustar de ir a Jesús para acompañarle en el Sagrario que más solo se encuentra, que la loca del mal de amores eucarísticos, decía: «Procuraba representar a Cristo dentro de mí, y hallábame mejor, a mi

parecer, de las partes donde le via mas solo. Pareciame a mi que estando solo y afligido, como persona necesitada, me habia de admitir a mi. De estas simplicidades tenía muchas... ¿Y quién será tan soberbio, que no se halle por muy rico y muy bien pagado, cuando le consienta el Señor estar al pie de la Cruz con San Juan?»

Este mismo espíritu es el que debe animar a los Juanes y Marías del Sagrario de nuestros días.

Pues si la Vida de Teresa es toda ella eminentemente eucarística, como ella misma nos lo dice al hablar de sus fervores al Santísimo, de sus comuniones, de sus mercedes y regalos; si la Religión que reforma es la primera que lleva los rasgos eucarísticos indicados, bien merece que se la tenga y considere, en la historia eucarística española, como la Patrona y Maestra, de los Institutos y hermandades que tienen por fin peculiar el dar culto al Augusto Sacramento de nuestros Altares... (Esta será la Conclusión 4.ª)

la Santa de los seráf-  
icos amores eucarís-  
ticos, continúa pren-  
diendo en las almas el  
fuego del amor al San-  
tísimo, mediante sus  
escritos :: :: :: :: ::

Santa Teresa sigue, aun después de volar su angelical alma al Cielo, ejercitando su apostolado eucarístico desde sus libros, por que vive y vivirá eternamente en sus escritos.

Volcán de amor eucarístico fué su endiosada alma, mientras en este mundo vivió, y en sus inmortales libros dejó depositada la lava siempre candente que despedía por su castiza pluma, su inflamado corazón; y de la misma manera que es naturalmente imposible arrimarse al fuego sin abrasarse, lo es, que una persona lea con detención los escritos de la Mística Doctora, sin sentirse fortalecida en la fe y abrasada en el amor a Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento del Altar.

Esto no trataremos de demostrarlo por que, si alguno de ello dudare, por sí mismo haciendo la experiencia lo puede ver... pero sentaremos la 5.<sup>a</sup> y última conclusión.

\*  
\* \*

Damos por terminado lo que nos propusimos, y quiera el Señor que redunde un tantico

a gloria, y alabanza de *Jesús Escondido*, que se propone tributarle el Congreso Eucarístico que tendrá lugar dentro de poco en la Imperial Toledo, en el cual he querido que hable, como insigne *especial congresista*, en los días que *todo será regocijo espiritual en la Imperial Ciudad*, por medio de estas desgarradas cuartillas mías, la *Santa de los seráficos amores eucarísticos*; o sea, la Virgen Avilesa y Virgen Toledana, que de ambas maneras, para orgullo de Toledanos y Abulenses, llamarse puede, por aquello de que la hija del toledano ¿qué será? pues... toledana.

Avila 12 de Septiembre de 1926. Día del Dulce Nombre de María Inmaculada.

## CONCLUSIONES

1.<sup>a</sup> Debe inculcarse a los fieles, el que la fe y amor hacia el Sacramento de nuestros Altares se revelen *públicamente* en sus frecuentes visitas al Santísimo, recordándoles, para su estímulo, el que ante El están también los bienaventurados, entre los que puede haber muchos de sus parientes y conocidos; y que el gozo y el contento espiritual no significan más virtud y santidad, sino que el mérito está en relación con el sufrimiento ante las sequedades y distracciones, que no han de consentirse, pero que no le faltarán al alma mientras esté metida *dentro de esta carcel y estos hierros*. Santa Teresa quería en sus conventos virtudes más que revelaciones.

2.<sup>a</sup> (A). En las comuniones debe procurarse que se sienta dentro del alma la presencia de Jesucristo, entregándose en los primeros momentos, al menos, a hablar y conversar espontánea y sencillamente con El, dejando a un lado libros y rosarios.

(B) Las comuniones generales, fijas a una hora o misa, han de ser extraordinarias, como espléndidas manifestaciones de fe eucarística

y por lo mismo, no han de prodigarse hasta ser ordinarias y frecuentes, por que las circunstancias anejas a grandes concurrencias hacen que no se presten al recogimiento interior; buscando la compañía de Jesucristo. Fuera de las extraordinarias, creemos de mejor resultado espiritual, dejar en libertad a los fieles para, dentro del día, elegir hora o iglesia conveniente.

(D) Se debe trabajar por que los fieles cumplan con el precepto pascual, pero evitando presiones externas y sociales, por ser éstas origen de sacrílegas comuniones; así como también, debe procurarse el que las comuniones frecuentes no degeneren en una devoción rutinaria, por no sentir en el corazón la presencia de Jesús, comunicándose con El y teniendo algún trato espiritual interior después, aun en medio de las ocupaciones, pues en esto está la vida espiritual eucarística, que lejos de oponerse, facilita el cumplimiento de las múltiples y diversas obligaciones.

3.<sup>a</sup> (A). En los reglamentos de cofradías y hermandades, principalmente eucarísticas, ha de figurar un artículo en el que se designen los cofrades que velen por que reciban los últimos sacramentos todos los hermanos.

(B) Para asegurarse el individuo de que, en lo posible humanamente, no le faltaría a la cabecera de la cama en la hora de la muerte un sacerdote que le administre los sacramentos y le asista espiritualmente, bueno sería, puesto



que a veces ni de parientes cristianos puede uno fiarse, según le ocurrió a la Santa, que cada cual encargara *por escrito* a alguno de sus amigos de más confianza, el que lo procurase, autorizándole para que el escrito lo enseñará en el momento oportuno para mayor seguridad y fuerza ante los parientes.

4.<sup>a</sup> Por su vida eminentemente eucarística, por el apostolado eucarístico que realizó en sus fundaciones y por ser su Orden reformada la primera que, según la historia eucarística de España, lleva los rasgos característicos de las consagradas a dar a conocer y darle culto a Jesús Sacramentado, bien merece que se la tenga, se considere y hasta públicamente se la declare Patrona y Maestra de Institutos, cofradías y hermandades que tienen por fin peculiar dar culto al Sacramento de nuestros Altares.

5.<sup>a</sup> Como medio poderosísimo y eficaz de que se aumente el culto y amor a Jesús Sacramentado; debe fomentarse la lectura de las Obras de Santa Teresa; pues todas pueden considerarse como eucarísticas, recoméndandolas especialmente como lectura espiritual entre los fieles y comunidades, sobre todo, en los días de santos ejercicios; por que, para alcanzar los fines que en ellos se persiguen, los escritos de San Ignacio y los de Santa Teresa se completan MUY DIVINAMENTE.

A. M. D. G.





## Obras teresianas publicadas por el Muy Ilustre Sr. D. Emilio Sán- chez, Arcediano de Avila

**¿Es Santa Teresa, en el sentido teológi-  
co y canónico de la palabra, de hecho y  
de derecho, Doctora Mística de la Iglesia  
Universal?**

Trabajo literario, premiado en el certamen  
teresiano de 1923, celebrado en Avila. Precio,  
una peseta.

---

**«La Santa de los seráficos amores euca-  
rísticos»** o sea **«Vida eucarística de Santa  
Teresa»** Precio, 5 pesetas.

---

**«Santa Teresa, Patrona de Intendencia  
y espejo de virtudes militares.»** Precio, 2  
pesetas

---

**El Apostolado de la Oración, tal como  
lo practicó y dejó establecido Santa Te-  
resa entre sus hijas.** (Agotado).

---

**Santa Teresa y los sacerdotes.**

Memoria presentada en el Congreso Euca-  
rístico de Toledo. Precio, una peseta.

---

**Santa Teresa y la Eucaristía.**

Memoria presentada en la sección de señoras  
del Congreso Eucarístico de Toledo. Precio,  
una peseta.

---

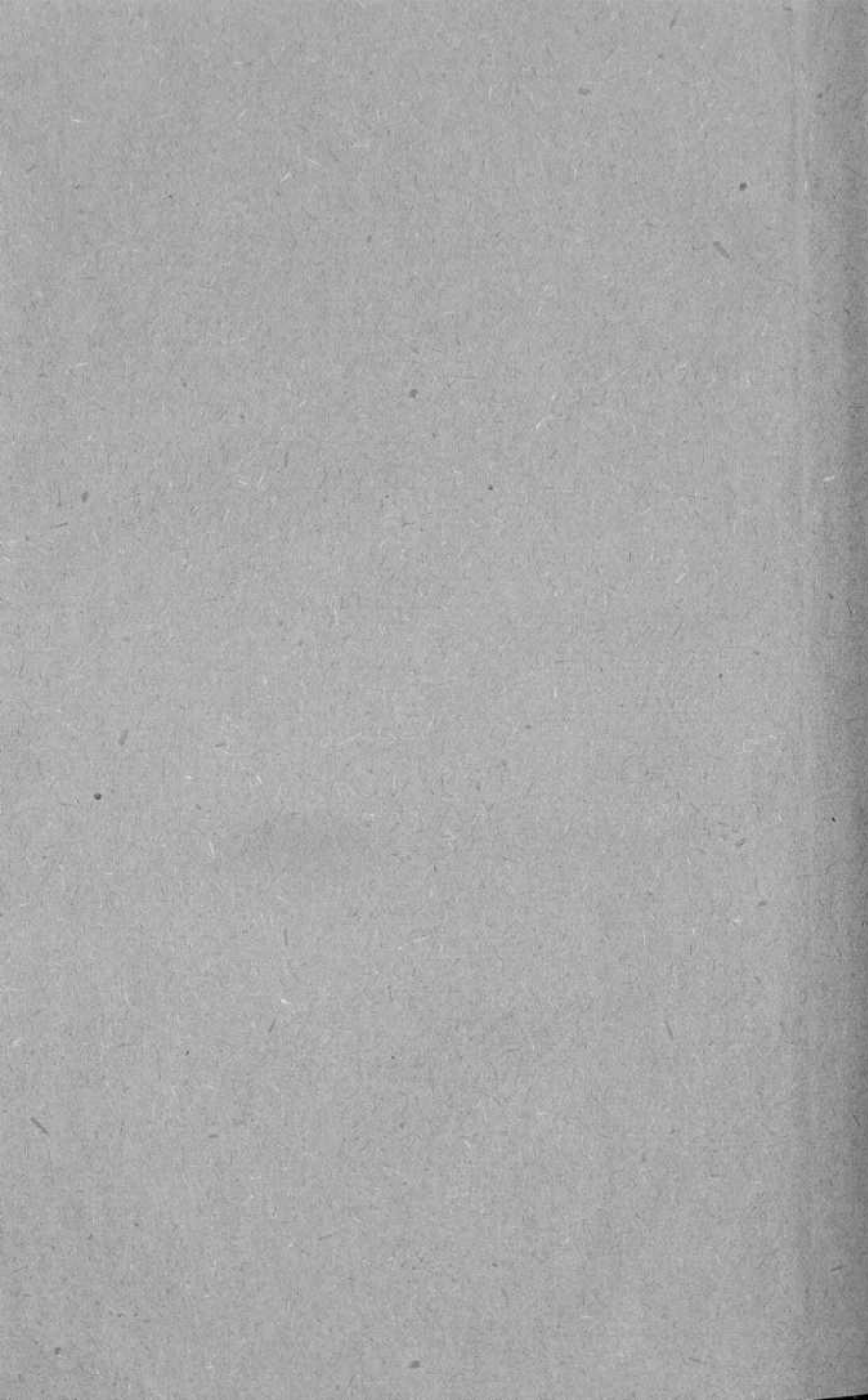
Los pedidos al autor. (Santa Catalina, 7)

**A. M. D. G.**











# MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOGRAFIA TERESIANA

### SECCIÓN III

#### Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús

Número.....	Precio de la obra.... Ptas. ....
Estante.....	Precio de adquisición. > .....
Tabla.....	Valoración actual.... > .....



